

tudio particular de indagar las costumbres de las personas, para tener el gusto de desacreditarlas; no se perdona á lo sagrado, ni á lo profano, ni á los vicios, ni á las virtudes; no hay defecto en la vida ajena que no se descubra; mancha en las familias que no se propale; las acciones buenas, ó se desprecian ó no se quieren saber; las malas, ó se inquieren ó se adivinan. No solo se juzga mal de las acciones, sino tambien de los pensamientos y de las intenciones, cuyo juicio se ha reservado Dios; ni el corazon del hombre, aunque tan invisible y tan impenetrable, está exento de los discursos y de los insultos de los murmuradores. Cada cual tiene su modo de murmurar: uno descarga abiertamente el golpe de la lengua sobre la reputacion de su hermano, sin suavizar ó de alguna manera encubrir la punta que mortalmente le hiere; otro disimula el golpe con palabras halagüeñas; algunos afectan defender al mismo que pasan de parte á parte; muchos con grande discrecion y recato van diciendo en secreto á todo el mundo las flaquezas imaginarias ó reales de su prójimo; pocos dejan de usar algun artificio cuando murmuran, para manchar y para herir con mayor seguridad, y ocultarse á sí mismos, si es posible, el daño que hacen; hasta el pretesto del zelo y de la religion sirve de máscara á la maledicencia, porque es propio de este vicio introducirse insensiblemente hasta en los corazones que parecen mas santos; penetrar en el mismo santuario, é inficionar la lengua del sacerdote, consagrada con la sangre de todo un Dios; en fin, insinuarse hasta en los claustros y en los desiertos; darse el color de zelo, de religion y del bien público á las murmuraciones mas desapiadadas, y falta poco para que no se murmure por devocion: *Idolum zeli ad provocandam æmulationem*, dice el profeta. No hay vicio mas sujeto á la ilusion y al engaño. Dícese que desacreditando al pecador, se desacredita el pecado; que se reforman las costumbres gritando contra los desórdenes del tiempo, y contra los que los causan y toleran; créese que se hace á Dios un gran servicio infamando á toda una comunidad ó á todo un gremio por las faltas de algunos particulares; siéntese no sé qué secreta vanagloria en murmurar, porque censurando á los demás, indirectamente se alaba el murmurador á sí mismo. Es la murmuracion vicio propio de genios apocados, de entendimientos vulgares, de corazones malignos, de espíritus cobardes, y de conciencias callosas ó cauterizadas. Un ánimo noble y elevado aun en las acciones mas ruines halla algo que escusar; un hombre de honor y de crianza nunca levanta su mérito sobre las ruinas de otro. Seguramente no te atreverías á

murmurar en presencia del que censuras: prueba clara de la cobardía de este vicio. Ninguno es ocasionado á mayores injusticias, y en medio de eso ninguno es mas ordinario ni mas comun. Muchos dejan de incurrir en el vicio de calumniar; pero del de murmurar muy raro se exime: y dijo bien S. Paulino, que este era el último lazo del demonio: *Extremum diaboli laqueum*. No manches tu lengua con la murmuracion, dice el Espiritu Santo. Por mas pretestos que busques, Dios descubre todos los misterios de las conciencias, y penetra el interior de los corazones.

El Evangelio es del cap. 9 de S. Mateo.

En aquel tiempo: Sucedió que estando á la mesa (Jesus), he aquí que vinieron muchos publicanos y pecadores, y se sentaron á la mesa con él, y con sus discípulos; y habiéndolo visto los fariseos, decian á sus discípulos: ¿Por qué nuestro Maestro come con los publicanos y con los pecadores? Pero Jesus habiéndolo oido, dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos: id, pues, y aprended qué quiere decir, Yo amo mas la misericordia que el sacrificio: porque no vine á llamar á los justos, sino á los pecadores.

MEDITACION.

Del zelo de la salvacion de las almas.

PUNTO PRIMERO. — Considera que el verdadero zelo es un ardiente deseo de dilatar la gloria de Dios y de oponerse á todo cuanto la pueda disminuir; es un santo deseo de estender el reino de Jesucristo, haciéndole triunfar de sus enemigos en todo el mundo; es una viva ansia de verle adorado y amado de todos, con un sensible dolor de que los hombres le honren y le amen tan poco; en fin, es un afecto de cristiana compasion, que moviéndonos á llorar la desgracia de las almas que se pierden, nos escita á trabajar y á procurar su salvacion. Es el zelo el primer fruto de la caridad; inspírale el amor de Dios, porque el que ama, desea el bien del amado; amor frio ó insensible, es una quimera. Quien ama á otro, siente vivamente, se interesa mucho en todo lo que le gusta ó le desagrade. No se puede amar á Dios sin desear su mayor gloria; no se puede desear ésta, sin tener muy en el corazon la salvacion de las almas.

Es el zelo la muestra mas clara y la medida mas justa de

nuestro amor. No hubo santo que no tuviese un ardiente zelo de su propia perfeccion y de la salvacion del prójimo; sus penitencias, su observancia y su fervor eran fruto de su zelo; y la ardiente caridad con sus hermanos era efecto necesario de su amor de Dios.

¿Ansiamos nosotros mucho por nuestra propia perfeccion? ¿Tenemos grande zelo de nuestra salvacion y de la de nuestros hermanos? ¿Qué deberemos pensar de nuestra indiferencia y de nuestra frialdad? La falta de zelo es pronóstico fatal. ¿Amase á Dios cuando se hace tan poco por su gloria? El zelo de la propia salvacion es el que pobló los desiertos, y el que está poblando cada dia los claustros religiosos; y el zelo de la salvacion de los prójimos es el que hace esponerse á tantos trabajos á tantos siervos de Dios. Consideremos aquellos hombres llenos de una fogosa caridad, que dejando las delicias de su patria, atravesaban las tierras y los mares, y atropellando mil peligros, caminan á los últimos ángulos del mundo para trabajar en la conversion de las almas, y para dilatar el imperio de Jesucristo. En todas las partes del orbe descubierto se ven hombres apostólicos, que destituidos de todo humano consuelo, se aplican infatigablemente á servir á ingratos, á instruir bárbaros, á convencer obstinados, sin otro fin que traer aquellos pueblos al conocimiento del verdadero Dios; espuestos siempre á los desprecios y al odio de aquellos mismos á quienes solicitan salvar; frecuentemente espuestos á su furor y á su injusticia. No buscan otro interés en este mundo de todos sus trabajos. Afligense á la vista del enorme crimen que cometen los idólatras que les quitan la vida; pero se tienen por dichosos en ofrecer su sangre por los mismos que se la hacen derramar, y por la gloria de aquel Señor que derramó toda la suya por ellos. Esto es lo que produce la caridad: ¿pero son estos los frutos de la nuestra? Ninguno deja de tener su particular mision; todos á poca costa pueden escitar su zelo. El maestro, el padre de familias, el superior deben tener muy en el corazon la salvacion de sus súbditos, porque han de responder de ella. Este será un bello objeto de nuestra caridad y de nuestro zelo. Aun aquellos que no tienen á su cargo la salvacion de otros, deben tener zelo por el prójimo, ejercitándole con sus buenos ejemplos. ¡Dios mio, qué mayor prueba de nuestro poco amor que la tibieza de nuestro zelo!

PUNTO SEGUNDO.— Considera que la caridad está llena de bondad, que es toda dulce, y consiguientemente el verdadero zelo nunca puede ser amargo. En todo ha de ser nuestro mode-

lo Jesucristo; ninguno le acusará de espíritu anchuroso ó relajado. Con sus lecciones, con su conducta, con sus ejemplos, con todo nos está predicando un grande horror al pecado; pero al mismo tiempo nos predica tambien una suma bondad de padre con todos los pecadores: *No sabeis*, decia á los discípulos que querian bajase fuego del cielo para consumir á los samaritanos, *de qué espíritu sois; el Hijo del hombre no vino á quitar la vida á algunos, sino á darla á todos*. Aquel zelo ardiente y duro que asola, tala y quema todo lo que coge delante, prueba las muchas máscaras con que se disfraza la ilusion. Llámase zelo lo que muchas veces es cólera encendida, sangre requemada, genio podrido, espíritu satírico, mal humor, que se quiere desahogar á costa de los demás; gritase, vocéase, repréndese mucho, y enmiéndase poco.

Esas correcciones demasiadamente duras y escesivamente agrias muestran bien la pasion que las produce; no es el zelo su verdadero padre, sino el furor, el encono y la venganza; por eso no hacen fruto. No tengan la correccion y el zelo otro principio que la caridad; no tengan otro objeto que la gloria de Dios y la salvacion de las almas; y siempre será el zelo paciente, benigno, bondadoso, compasivo y suave, pero eficaz; en mezclándose algo de hiel, siempre hay amargura, siempre malignidad; el zelo del hombre humilde siempre será apacible. Aborrécese el pecado, y se trabaja eficazmente en destruirle; pero ámase al pecador, y solo se piensa en salvarle. Todo zelo á quien falten estas calidades, es falso; si corriges como padre á tus hijos, á los criados y á los súbditos, nunca los reprenderás con demasiada severidad, ni con tantos gritos.

¡Buen Dios, puede haber mayor ilusion que gritar eternamente contra la licencia y contra el desórden de los otros, sin trabajar nunca eficazmente en reformarse á sí mismo! Si tenemos verdadero zelo, ¿qué razon habrá para que su objeto sea siempre forastero? Bastante tenemos que hacer en desmontar nuestra propia heredad, sin matarnos tanto por los espinos y por los matorrales que brotan en la ajena. ¿Es posible que nunca nos hemos de aplicar á descubrir el verdadero origen de este zelo duro y amargo, que solo se sustenta de quejas, de murmuraciones y de interpretaciones malignas, y solo se esplica en hiel, en sátiras y en censuras? No hay cosa mas contraria al espíritu de Jesucristo que esa inquieta severidad; guardémosla toda para nosotros mismos. No siempre son los mas severos consigo aquellos que predicán á los otros el mayor rigor. Examinemos bien la indulgencia con que nos tratamos, á vista de la

dureza y de la rigidez de nuestro zelo respecto de los demás.

¡Oh, Dios mio, y cuánto es mi dolor por el poco zelo que he tenido hasta aquí de la salvacion del prójimo, y aun de la mia propia! Dadme, Señor, vuestro amor, y seguramente tendré zelo; trabajaré en vuestra mayor gloria, siempre que con la asistencia de vuestra divina gracia trabajare en mi propia perfeccion; y esto es lo que con ella resuelvo hacer desde este mismo instante.

JACULATORIAS. — Abrasad, Señor, mi corazón y mis entrañas en el zelo de mi salvacion y de vuestra gloria. (*Psalm. 25.*)

Desmayó de dolor mi corazón, ó Dios y Señor mio, viendo el desprecio que hacen los pecadores de tu santa ley. (*Psalm. 118.*)

PROPOSITOS.

1 Es error imaginar que solo deben tener zelo los misioneros y los predicadores; ninguno hay que dentro de su estado no deba hacer mision; ninguno que no sea responsable de su propia salvacion, y en cierta manera de la de sus hermanos. Tu propia salvacion es tu gran negocio; todos están encargados de él; pero todos deben edificar al prójimo con los buenos ejemplos. Esta especie de zelo es comun á todos los estados, á todas las condiciones de los hombres. ¿Pero estás en empleo, tienes súbditos, tienes criados y familia? Pocos misioneros de profesion tendrán que dar á Dios cuenta tan estrecha de sus hermanos, como tú de tus dependientes: guárdate bien de olvidar esta obligacion, ni descuidar en ella por habérsela encargado á otros. Vela continuamente sobre la vida y proceder de aquellos que puso Dios á tu cuidado. Hijos, criados, súbditos son, por decirlo así, unos como depósitos, de que has de dar cuenta á su soberano Dueño; fuera del buen ejemplo, les debes la educacion, la enseñanza, los consejos; procura que frecuenten cada mes los sacramentos; que oigan misa cada dia; que se ree el rosario de comunidad en la familia, siendo tú el primero que asistas á él; que en tu presencia se lea á todos un rato competente en algun buen libro espiritual; vela sobre las costumbres de hijos y de criados; en punto de ellas, y en punto de religion, nada los disimules; nunca toleres que alguno de tu casa dé mal ejemplo; advierte, amonestá, corrige con zelo, pero con suavidad; no hay cosa mas eficaz que una correccion privada; que un aviso particular al hijo, al criado, al súbdito que tropezó; gánale el corazón este zelo del amo, del padre y del prudente superior.

2 Evita siempre cuidadosamente todo zelo áspero, amargo y desabrido. Esas vivacidades, ese desentono de voz siempre se reputa por cólera; y toda cólera en un superior disuena y le desautoriza; modera, reprime la indignacion á vista de la falta; el zelo suave y compasivo, pero activo y eficaz, siempre saca fruto; hay zelos enfadosos, que en vez de curar las llagas, las enconan mas; los hay ruidosos y vocingleros, que aturden, mas no corrigen; los hay duros, que como no los mueve la caridad, todo lo echan á perder; los hay impacientes, que solo sirven para enajenar los ánimos y desviar el corazón. Corrige todos estos defectos; ten mucho zelo por la salvacion de las almas, pero ten por modelo y por regla del tuyo el zelo de Jesucristo; sea tu zelo dulce, humilde, paciente, compasivo, industrioso y tranquilo. Gobiérnese puramente por la caridad cristiana, y seguramente tendrá todas estas cualidades.

DIA IX.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES PRIMO Y FELICIANO, en el monte Celio de Roma, en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano. Estos gloriosos mártires vivieron una larga vida en el Señor, padeciendo unas veces juntos y otras separados crueles y atroces tormentos; por último llegaron al término de sus combates, habiendo sido degollados por orden de Promoto, prefecto de la ciudad llamada Nomentana. (*Véase su vida hoy.*)

EL MARTIRIO DE SAN VICENTE, diácono y mártir, en Agen de Francia.

SANTA PELAGIA, virgen y mártir, en Antioquia; de la cual hacen grandes elogios S. Gregorio y S. Juan Crisóstomo.

SAN MAXIMIANO, obispo, en Siracusa; del cual hace muchas veces memoria S. Gregorio, papa.

SAN RICARDO, primer obispo de Andri en la Pulla; esclarecido en milagros. (Era natural de Inglaterra, y habiendo ido á Roma, siendo en breve conocido por lo esclarecido de sus virtudes y talentos, el papa lo hizo obispo de Andri en la Pulla por los años de 492. Se presume que abrazó la religion católica estando en Roma, pues es sabido que los ingleses no abrazaron el cristianismo hasta por los años de 600. Las antiguas leyendas de los santos de Italia hablan de este Santo con mucho elogio, ponderando su santidad y sus milagros.)

SAN COLUMBO, presbítero y confesor, en Escocia. (Fue otro de los patriarcas mas célebres del orden monástico en Irlanda, habiendo compuesto una regla en irlandés que produjo los mas ópimos frutos. Pasaba de ciento el número de monasterios que fundó entre Irlanda y Escocia, y con su predicacion convirtió los escoceses á la religion de Jesu-